

Lámina VIII.—ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA  
DE STO. DOMINGO, OBRA DE TOLSA.

---

### CAPITULO TERCERO

#### CASAMIENTO DEL MEDICO CON DOÑA LORENZA

**A**NTES de la proclamación de la Independencia encabezada por el Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla en el Pueblo de Dolores, de la Intendencia de Guanajuato, nuestro estudiante Fernando, había terminado en la Capital su carrera de Médico; se marchó a su tierra de nacimiento para estar en familia con los suyos y atender a sus paisanos enfermos, ejerciendo también la medicina en el Hospital de aquella localidad.

Después de persistir un corto tiempo, resolvió regresar a dónde había hecho sus complementarios estudios para establecerse definitivamente, pues contaba con un ambiente favorable de acción y de porvenir ya que había conquistado conocimiento con personas de estima-

ción, contacto que le sirvió para sostener estrecha amistad con una distinguida familia, se trataba de los de Ballesteros y Lanzagorta que habitaban en aquella época en la casa de su propiedad, suntuosa y bien arreglado interior, con fachada colonial revestida de tezontle y de molduras de piedra de cantería, casa situada con vista al poniente de la Calle de Alfaro a unos pasos de la esquina con la primera de los Mesones; (hoy Avenida de Isabel la Católica y, la segunda, Tercera de Mesones) el médico al frecuentar esa familia, entabló el noviazgo con una de las simpáticas hijas de los esposos Ballesteros y de nombre Lorenza.

Se formalizaron éstas con el matrimonio que se efectuó en la espaciosa Iglesia de los Padres Dominicos, (Santo Domingo)(1) Templo que en el capítulo primero se menciona, así como en la ilustración correspondiente. —Ceremonia que se llevó a cabo y armonizada con el conjunto de una escogida orquesta instrumental que ejecutó, trozos selectos de música Sacra, acompañándolos con el canto, uno de los Padres de dicho Templo y que se distinguía por su gallarda y limpia voz.— Con anticipación se arregló

(1) Se dedicó el 4 de agosto de 1736 y su consagración fué el 24 enero 1754.

el interior de la mencionada Iglesia engalanándola con colgaduras, cortinajes de tela de color que bajaban desde sus bóvedas; el Altar Mayor destinado para la misa de esponsales lucía en sus sitios, candeleros de plata y condelabros de bronce que parecían nuevos unos y otros por lo brillante que los habían dejado, adornos florales, columnas con macetas y plantas naturales, lujosos sitaliales que ocuparían el Excmo. Señor Virrey y su respetabilísima esposa la Señora Virreina, reclinatorios especiales y que únicamente se destinaban para las grandes ceremonias; el atrio estaba adornado con festones formados de ramas de cedro, con blancas y perfumadas flores recién cortadas, musgo colgante de festones a distancias proporcionales así como de los árboles suspendida la ancha Vela restirada por sus respectivas cuerdas; igualmente colocada en el piso y desde el pórtico principal, una alfombra que terminaba hasta los reclinatorios.

Desde la víspera quedó terminado todo preparativo y para el día señalado de tan regía unión, antes que los contrayentes se presentarían en el referido templo, ya en el interior ardían cirios y gran número de velas de blanca cera, dándole un aspecto maravilloso con el conjunto

armonioso ya mencionado, destacándose, para mayor abundamiento el brillo del oro aplicado a fuego de los adornos fijos en el grandioso Altar Mayor, que dicho sea de paso, fué una de las muchas obras ejecutadas por el insigne Escultor y Arquitecto Don Manuel Tolsa.

El médico y su distinguida novia acompañados de sus parientes, se presentaron a la hora convenida; la novia ataviada con irreprochable vestido de tela fina de seda de la China y adornado con encajes delicados de Bruselas, alhajada con deslumbrante collar de perlas y finísimos brillantes; el novio con su peinado de la época, casaca, collar y Cruz de Caballero de Santiago, chupa de terciopelo, calzón corto muy fino, tizona al cinto, medias de seda y zapatillas negras de piel con sus hebillas de oro y piedras.

Parados a la puerta principal del templo y después de breve estancia fueron introducidos por el séquito formado a ambos lados de la iglesia, dió principio el acto con la toma de manos, las arras, trece pelucas de oro y los anillos del mismo preciado metal y depositadas momentáneamente sobre una charola de plata, en seguida recibieron la bendición nupcial de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo

de México quién llevaba a la vez, la representación del Excelentísimo Señor Virrey, invitado especialmente a esta ceremonia, por no poder asistir a ella debido a que en esos días estaba recluso en cama; fueron padrinos de tan feliz pareja, el respetable Señor ex-Primer Secretario del anterior Excmo. Señor Virrey, Conde Don Roberto de Alarista de San Ramón, pariente muy cercano de la novia y su dignísima esposa la virtuosa Condesa Doña Lucía de Cisneros, Ríos y Zavaleta de Alarista.

Al terminar el brillante enlace, los novios fueron objeto de la admiración y de las más calorosas felicitaciones; ya en su nueva casa recibieron como recuerdo, magníficos y soberbios regalos de sus distinguidos padrinos, obsequios que vinieron en la "Nao de Manila" procedentes del Imperio de la China, que había atracado meses antes en el Puerto de Acapulco y que con toda anticipación habían salido correos para el pedido a tan lejanas tierras, objetos que llegaron afortunadamente a su debido tiempo. Otros y también numerosos presentes adquirieron los recién casados de los parientes y amistades de ambas familias, pues las del médico hicieron viaje exprofeso a la Capital para asistir a los esposales.

Concluída la ceremonia eclesiástica, los concurrentes, ya invitados de antemano, se les reiteró para que asistieran al banquete que por tan beneplácito acontecimiento sería servido en honor y por la ventura de Fernando y Lorenza.

Los novios en unión de los ya mencionados padrinos, parientes, familiares y demás personas, fueron agazajados con excelente comida ofrecida por los padres de la desposada, servida en una casa de soláz con frondosos árboles, situada en la población de Tacubaya a inmediaciones del casco de la hacienda de la Condesa; todos se dirigieron a ese sitio amenizándose ésta con la misma orquesta que había ejecutado en la Iglesia, horas antes, el casamiento; en esa reunión se desbordó el entusiasmo y la alegría en los novios así como en los invitados, terminando esta fiesta a las once de la noche, después de un baile que empezó desde la tarde en el que tomaron parte el dichoso matrimonio, bellas damas y caballeros, bailándose danzones y cuadrillas; dejaron como es natural, entre los que asistieron, muy gratos recuerdos y regresaron por el camino a México repartidos en un sinnúmero y ordenada fila de carruajes alumbrados

con hachones (1) coches que fueron ocupados por la mayoría de los invitados que gozaron en aquella reunión.

El médico y su ilustre consorte salieron al día siguiente en un coche de camino escoltados por varios mozos a caballo bien armados y con remudas de animales; tomaron rumbo al poniente de la ciudad para dirigirse a una propiedad, casa solariega, llamada de San Agustín de Calimaya, sita a extramuros de la población de Tenango del Valle y a dos leguas escasamente de este punto a la ciudad de Toluca; la primera jornada de ese día la hicieron hasta Lerma y al siguiente, prosiguieron para Metepec, pasaron por pequeños pueblos y rancherías de poca o ninguna significación.

En aquella casa gozaron una parte de la luna de miel y al cabo de dos semanas, determinaron regresar con su escolta ya reforzada, pues no era muy conveniente aventurarse así como así en los caminos, por si había que hacerles frente a los foragidos que en aquel entonces abundaban; de entre ellos, a pesar de ser malhechores, algunos tenían rasgos de nobleza de no

(1) Hachones, hechos de sogas viejas de ixtle embarradas de brea y que servían para alumbrarse por las noches en los caminos, o en otros lugares.

maltratar cuando asaltaban a los confiados viajeros, respetando las vidas y personas, se conformaban únicamente con las ropas, dinero y objetos de valor que llevaban consigo sus víctimas, pero otros bandoleros no conformes con el botín recogido, golpeaban a los referidos viajeros quienes no tenían, ya desarmados, manera de defenderse de las garras de los rufianes y del consiguiente asesinato.

Así pues, retornaron nuestros estimados viajeros sin ningún contratiempo de los citados en el párrafo anterior; la permanencia en San Agustín de Calimaya, fué relativamente corta en virtud de que el haberla prolongado por mayor número de días, era en perjuicio de los enfermos que estaban al cuidado del médico y, como durante su ausencia quedaron los pacientes en manos del sustituto accidental que les habían recomendado mientras duraba el alejamiento de Fernando, había que, suponer, como en efecto así sucedía que los mencionados enfermos no tenían confianza en dicho facultativo sino en aquel que los atendió desde un principio.

En el capítulo séptimo veremos, pasados algunos años de este matrimonio, los sinsabores del médico con su esposa Doña Lorenza.

## CAPITULO CUARTO

### ENCUENTRO DEL MEDICO CON ISABELITA

**P**OR casualidad, si puede decirse inesperada, ya que después de once años (más o menos) de no cruzar palabra, ni encuentro accidental entre el médico e Isabelita, ésta fué visitada por aquél en su casa habitación, ubicada en el número diecisiete y medio de la Calle de Siete Príncipes, (después se llamó 6a. Calle de la Moneda) cerca de un tendajón "La Miniatura" y por el rumbo oriente de la ciudad, siguiendo por el costado norte del Palacio; visita, como se denomina a un llamado relacionado con la medicina por encontrarse uno de sus hijos en la cama.

El médico recetó y desde que llegó, fué objeto de un buen recibimiento por parte de los de esa casa; se le ofreció casualmente y tomó asiento en el mismo sofá que fué testigo mudo

de los acontecimientos desarrollados años atrás, pero sin revelar para nada el pasado, ni dar a conocer en ambos algún detalle, pues el médico se guardó todo, ya que era siempre reservado y observaba una línea de conducta discreta en esa clase de asuntos familiares.

El, diariamente hacía sus visitas y recetaba, si era necesario, hasta levantar al niño enfermo quién, gracias a lo eficiente de las medicinas y cuidados prodigados, quedó completamente sano; se trataba de Rodrigo, uno de los hijos de Isabelita y del que antes no se había hecho mención por que desde aquí en adelante nos ocuparemos del propio Rodrigo.

Isabelita estaba guapa, en la plenitud de sus primaveras y no en balde el médico apreció con anterioridad las cualidades y la inteligencia de ésta; referencia hecha en capítulo anterior y que se le presentaba transformada, sirviéndole no sólo de ejemplo al médico, sino de satisfacción por los votos fervientes salidos del corazón del entonces estudiante y que habían sido fructíferos en beneficio de la dama, quien con justicia merecía toda clase de dones por su perseverancia y resignación en su anterior aislamiento y que ahora aún estaba, con motivo del fallecimiento de sus padres acaecido en el Valle de

Oaxaca, no obstante que sus finados padres le dejaron un buen legado y la compañía de muy estimables personas las que, para ella, podrían considerarse sus familiares.

Con motivo del referido legado, el hermano de Isabelita tuvo fuertes disgustos personales y de intereses, pues llegaron a intervenir jueces y escribanos en el asunto, pero la audacia de la segunda, superior al del primero, hizo que la mayor parte de la herencia quedara a su favor como en efecto sucedió.

En esas entrevistas y, desde la primera, el médico aprovechó la oportunidad al conocer al niño aquel de nombre Laurencio, así como a ocho hijos más, entre niños y niñas a cual más simpáticos y rollizos; éste pudo calificar, desde luego, la despierta inteligencia natural en varios de ellos, como idéntica a la de la cariñosa madre.

Con esas visitas del médico a la casa de Isabelita, se formó el eslabón para unir y soldar la amistad de las dos familias y en el trascurso de los años, crecieron los hijos de ambos entregados, al principio, a los juegos infantiles, después a sus estudios correspondientes en los diversos colegios a donde acudían y, cuando jóvenes, como concurrentes a las tertulias, paseos

campestres inclusive las excursiones en Omnibus tirados por troncos de mulas a San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), al Cabrío, a San Joaquín, a los Remedios en carabana montados en pacientes burros y a otros lugares pintorescos del Valle de México; pues Isabelita, con su talento y fina educación, representó siempre un buen papel, el cual lo comprendió el médico y no tuvo empacho en aceptar, sin reserva, la buena amistad que se le brindaba por ser muy humano y aquilatador de las prendas personales que poseía y justamente adornaban a ella.

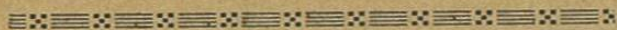
Hay seres en la vida predestinados a fundirse a altas temperaturas en el crisol de grafito en dónde se afinan los metales de apreciable valor y purificados después de haber sido sujetos a desechar las arcillas que los cubrían, borran el pasado de burdas formas e impurezas, brillan por la transformación sufrida en los procedimientos y normas empleados; así le pasó a Isabelita por sus anteriores infortunios con desagradables sinsabores, cuya suerte le cambió, pues fué enteramente distinta en todos los años que le restaron de vida, la que por cierto, fué tranquila y llena de felicidad quizá en premio o compensación a los anteriores años transcurridos.

Al principio del presente capítulo tenemos conocimiento que Isabelita había cambiado de domicilio; hacemos la explicación:

La casa que fué de sus padres (ya fallecidos) y en dónde debe recordarse lo sucedido en el entresuelo, según expresado en el capítulo segundo, pasó a ser propiedad de su hermano Rodrigo, conocido de mis amables lectores y quién a los cuatro meses escasos de haber tomado posesión de la casa indicada, la vendió a una familia acomodada del interior, el motivo que tuvo para deshacerse de ella, fué el quedar expedito para atender debidamente la hacienda que heredó en el Valle de Tlacolula, Oaxaca, la que le producía anualmente, en ganado y siembras, muy buenas utilidades.

Por lo consiguiente, Rodrigo se marchó a trabajar con ahinco y constancia ya que era un buen agricultor y, más aún, conocedor del campo en aquella apartada región del país.





## CAPITULO QUINTO

### EL MEDICO Y LA LAVANDERA DE ISABELITA

**E**N una ocasión y pasados algunos años, Isabelita que era muy caritativa, solicitó al médico sus servicios para que en su nombre pasase a una vecindad del Barrio de la Palma a atender una paciente que recibía favores de Isabelita.

Se trataba de la antigua lavandera de su casa que años atrás se había separado del destino; mujer de raza india de nombre Angela; vivía en ese barrio cerca de una Capillita y Cementerio nombrado de San Dieguito, en el referido barrio no escaseaban vagos y ladrones, lugar carente de nombres en algunas de sus tortuosas calles, ni números o letras fijados en las puertas de las casas o accesorias que las distinguieran; laberinto difícil de descifrar en

cuartos y jacales, callejones y encrucijadas con salidas misteriosas; ésta pasaba su vida en compañía de un tal Mario di Madrijeira, viejo portugués, inútil y reumático, nacido en el pequeño Puerto de Albufeira, Algarbes, Portugal y que decía cuando lo interrogaban, haber desempeñado allá, en su tierra, el oficio de pescador; en la Capital no se le conoció ocupación y se ignoraba como vino al país; rudo, rasgado en hablar y que pronunciaba detestablemente el español, insolente y gruñón como la mayoría de la gente baja de mar y de trajín en los puertos.

Desde las once de la mañana y casi diariamente, se encontraba beodo y le exigía a la pobre mujer, le proporcionara aguardiente de caña para beber, líquido que se abastecía en el próximo y único tendajón mixto y humilde, mitad carbonería con venta de leña vieja y lo demás con escasos menesteres de consumo diario; mostrador de madera sin pintar; mugroso como sus marchantes y el que lo atendía, ahí le fiaban a Angela, dejando en prendas, algunos objetos de escaso valor o piezas de ropa en pignoración, por algunas mercancías y sobre todo, por el aguardiente que Mario el portugués, ingería.

La lavandera lo mantenía con su trabajo ya



que éste se había entregado al vicio de la embriaguez y no proporcionaba gasto diario alguno para su subsistencia.

Estaban\* atrasados en el alquiler, (antes vivían por el Barrio del Campo Florido, adelante del mercado de San Juan y en mejorcitas condiciones) cuarto que le servía de habitación y en el lugar hacía el planchado, labor que entregaba en una casa de medianos recursos; la ropa permanecía uno o dos días de la semana, en las mañanas, al sol recibido en la plazuela y a la desatendida vigilancia de la hija de Angela de nombre María, la "Mulata", de pelo muy negro como sus entrañas de hiena, requemada por los rayos solares; de mal corazón por golpear cruelmente, con frecuencia, a los muchachos y animales de aquel barrio; enredadora y embustera, se había refinado y le sobrepasaba al "portugués" su padre, (no había dos.)

Pasaba las mañanas y resto de las tardes en la referida plazuela, entonces de reunión y en consorcio con los cerdos flacos, de los macilentos perros que eran numerosos por tener libertad de ambular y no estar sujetos a la persecución de los Serenos que por ahí no se presentaban mucho menos los timoratos Alguaciles, gallos de pelea, gallinas con sus crías, patos dentro de los

charcos de aguas estancadas; peleonera la mulata y urdiendo chismes con los numerosos muchachos sucios y semi-desnudos de diferentes edades que ya tenían éstos, aprendido el vocabulario que les enseñaba la María, sin contar las calumnias forjadas por ésta en contra de los vecinos mayores; los muchachos se solazaban al rayo del sol canicular dándose mutuamente de pedradas con tepalcates y lodo, (siempre tomaba parte María,) quienes los arrojaban en todas direcciones; escenas que se repetían a menudo cuyos resultados fueron que se registrarán heridos de mayor o menor consideración y las consiguientes represalias de las gentes mayores familiares de los lastimados, ya que generaban en riñas. La mulata era la instigadora y responsable directa de todo.

La muchacha crecía en ese ambiente de depravación poco edificante, por el mal ejemplo de los padres y de los peores vecinos del barrio; tuvo la oportunidad de conocer a un tal Manotele, portugués, paisano de Mario quién lo llevó por ese lugar y, en las tardes, dió en exhibirse en la plazuela como maromero, hacía varias piñetas para divertir a los muchachos. Después, en obra separada, nos ocuparemos más extensamente de este sujeto.

Era peligroso transitar por esos sitios de la Palma que carecían de caños de desagüe pues en todo tiempo había pequeñas lagunas de aguas pútridas que permanecían estancadas en el trascurso del año, dificultándose la entrada a los diseminados cuartos y jacales de dónde salían, a las oraciones de la noche, individuos sospechosos que durante el día se pasaban las horas encerrados para esquivar las miradas inquisidoras de los Corchetes.

A fin de no cansar a mis amables lectores y tener la necesidad de proseguir los acontecimientos desarrollados por nuestros principales actores, aparte se está escribiendo como continuación una interesante novela "La Hija Ingrata" en la que éstos sujetos desempeñarán su papel, Mario y Manolete, (los dos portugueses) Angela, María la mulata y la nieta del primero de nombre Cleofas y relacionándolos con un adinerado español comerciante en semillas, con buenas propiedades, calavera empedernido como su contrincante, un militar que hacía pocos meses vino del interior y que se disputa la supremacía; intervienen otros personajes, todos de la época colonial y en los primeros años del México Independiente.

Continuemos nuestra narración y pasemos

adelante del lugar descrito en el principio del presente capítulo.

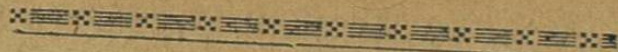
El médico acudió luego a desempeñar su cometido en ese barrio fuera de la antigua Trazas de la ciudad, sitio para él desconocido y que jamás había pisado encontrándose algunas dificultades para localizar la casa que buscaba, no le fué posible al momento entenderse con las mujeres ahí reunidas a quienes les pidió informes, en vista que la jauría de perros estaba alborotada por su presencia, ésta impidió hacerse oír desde luego de sus interlocutoras, pero lo consiguió al fin. Ese barrio a extramuros, no era merecedor de ser visitado por personas bien vestidas y sobretodo decentes.

A pesar de todos los inconvenientes apuntados, el médico cumplía con su deber que le acompañaba su profesión humanitaria; con mayor razón por tratarse de un mandato de Isabelita. — Así lo consideraba y por lo tanto acudió solícito.

Zanjadas las dificultades antes dichas, realizó su propósito; consiguió llegar al lugar que le designaron, pero se sorprendió con la cuitada Angela, que más bien era una bruja salida de la cárcel por el hecho que el médico fué recibido con sapos y culebras en contra de su protectora; éste como pudo enmedio de esas inespere-

radas circunstancias, terminó su misión y, siempre discreto, no dijo nada a Isabelita de lo acontecido; ella le pagó con larguesa su trabajo por el exámen practicado a la arpía de lengua suelta y que hacía honor a la plazuela aquella, llamada de la Palma, habitada por una caterva de malhechores como la mujer del portugués, quien pagaba así a su benefactora los favores que recibía.

Hay que tener presente aquella frase: "Cría Cuervos y te sacarán los ojos".



## CAPITULO SEXTO

### BOTICA, PULQUERIA, CASA DEL MEDICO Y SUS TERTULIAS

**V**IVIA el médico con su familia en la casa número tres y medio a unas cuantas varas de la Plazuela de Tarasquillo y su habitación daba frente a los callejones de "Sal-si-puedes" (1) y de las Damas, cerca a ese lugar y hacía el sur, se encontraba la Plaza del Puente del Santísimo e inmediato a la casa apuntada, la Capilla de los Dolores la que desapareció años después así como la plazuela y plaza respectivamente, pues en sus terrenos se abrieron calles y se fabricaron casas con fachadas que correspondían: unas al callejón llamado de

(1) El Callejón de "Sal-si-puedes" tiene interesante tradición, pues en una obra antigua, escrita sobre las calles de México, aparece su leyenda la que reproduzco literalmente aquí:

1020001931